



## No todo vale Jordi Gual

Profesor de IESE  
jordiguale.com

# ¿Nos creemos a los expertos?



*The Economist* publicó el mes pasado un interesante reportaje sobre el fracking en Alemania. Según la revista, a pesar del

dictamen favorable de los expertos en geociencia del país, esta industria –cuya producción podría sustituir una parte significativa del gas ruso– ha pasado a ser prácticamente irrelevante. La han hundido las críticas ecologistas, pero también la propaganda en contra de medios con influencia rusa. Como es sabido, Alemania también abandonó la energía nuclear tras el accidente de Fukushima. Otra fuente de energía que sería hoy útil como alternativa al gas ruso. Estos dos episodios son un ejemplo de cómo el conocimiento científico, que antaño era clave en la toma de decisiones, ha pasado a ser objeto de manipulación partidista en el combate político. Lo hemos vivido de manera palmaria con la covid, con los antivacunas y los posicionamientos histrionicos de Trump y Bolsonaro. En el ámbito energético la cuestión es más sutil, pero en el fondo es la misma: ¿nos creemos a los expertos?

La confianza en la ciencia es un importante legado de la Ilustración y uno de los fundamentos del liberalismo político, de las sociedades abiertas. Significa creer en la libre competencia de las ideas, en su contraste empírico y en el debate riguroso para que el método científico nutra el progreso de nuestras sociedades. A los economistas no nos sorprende que en economía se ponga en cuestión a los expertos. Las ciencias sociales evalúan acciones humanas en las que es difícil determinar relaciones estables de causa-efecto. La economía siempre tiene una

**Emociones**  
**La economía siempre tiene una dimensión política, con intereses muy diversos en juego, y no solo cuenta lo que se dice y se hace**

dimensión política, con intereses muy diversos en juego, y no solo es importante lo que se dice y se hace. Las personas juzgamos también las intenciones de los demás y no siempre reaccionamos igual. La economía llega en contadas ocasiones, y con modestia, a conclusiones claras. Por poner un ejemplo, aunque el presidente Erdogan se obstina en afirmar que la

política de tipos de interés bajos no es la causa de la inflación en Turquía, la ciencia económica, debidamente contrastada, no le da la razón.

Cuesta algo más de entender que la pérdida de crédito de los expertos esté sucediendo también en el ámbito de las ciencias naturales. En parte se explica porque para la mayoría de la gente las emociones dominan a la razón, como ha examinado recientemente con maestría el psicólogo social Jonathan Haidt. La razón justifica a posteriori nuestro comportamiento, pero nuestras opiniones reflejan nuestros sentimientos más que un análisis frío de la realidad. Además, la evidencia científica es compleja y, en muchos casos, tiene un componente de incertidumbre, de riesgo, que a las personas nos cuesta mucho evaluar. Alemania, bajo la presidencia de una persona con trayectoria científica como la canciller Merkel, tomó una trascendental decisión sobre la energía nuclear, poco después del desastre de Fukushima. ¿Dominó la razón o la emoción? ¿Qué decían los expertos? |